



Acerca de la complejidad del trabajo de educar

Juan Balduzzi, Héctor González, Vilma Pantolini y Silvia A. Vázquez

*Integrantes del Equipo de la
Secretaría de Educación y Cultura de SUTEBA*

El debate sobre la naturaleza del trabajo docente es importante en tanto es parte del cumplimiento del derecho social a la educación. El cumplimiento de ese derecho no puede hacerse sólo con política, no puede prescindirse del trabajo docente.

Cuando se genera la discusión sobre la naturaleza del trabajo de los docentes surgen una serie de interrogantes. Uno primero sería ¿qué lugar ocupa el trabajo y el trabajo docente en particular en la institución educativa?

Tenemos que empezar referenciándolo en el vínculo con la institución en la cual se debería cumplimentar gran parte de lo que entendemos por derecho social a la educación. De la misma manera que el trabajo de enseñar está ligado al cumplimiento del derecho, el lugar en donde ese trabajo se realiza, la escuela, es parte fundamental de las condiciones de realización del derecho.

Ahora bien, ¿se agota este debate con las cuestiones que hacen a la institución y al trabajo dentro de ella?

Hay un conjunto de tareas que los docentes tienen que hacer y que forman parte de su trabajo, y en la institución hay un conjunto de condiciones que hacen a la complejidad de ese trabajo. Pero esas condiciones que hacen a la complejidad no son solamente internas a la institución o “técnicas” en relación al trabajo.

Hay complejidades que tienen que ver con el cambio de formulación de lo que es la educación, de cómo ha evolucionado la comprensión del derecho y de las políticas que se instrumentaron. Que la educación sea un derecho social significa instrumentar políticas de universalización y obligatoriedad; esto complejiza el trabajo docente. La universalización ya no se puede resolver con una receta escrita; universalizar e incluir no es un problema técnico, es un problema de representaciones, es un problema de condiciones materiales y simbólicas. Tiene que ver con el campo de lo político. En el contexto actual, enseñar para incluir requiere, por ejemplo, mucho más del trabajo colectivo. La complejidad estuvo

siempre, pero era más fácil pensar que se trabajaba bien cuando estaba como cifrado aquello que supuestamente era una buena enseñanza. Ahora las recetas no sirven. Hay que desglosar con mayor claridad cuáles son los requerimientos, cuáles son las cuestiones que deben operativizarse, aquellas cosas que deben manejarse en el plano simbólico y aquellas que se tienen que manejar en el plano material; todo esto supone una construcción inédita, una construcción que antes no estaba.

Un cierto crecimiento en la visibilidad del compromiso social que rodea y da sentido al trabajo de enseñar ha hecho que hoy las viejas recetas acerca del trabajo de enseñar, no sólo no construyan la buena educación que los docentes y los padres quieren, sino que además cargan de insatisfacción a los propios trabajadores. La complejidad que deviene de este compromiso social de inclusión no puede ser pensada solamente en términos de carga -tener más chicos en las aulas, más cosas para corregir- sino que lo que entran al aula son realidades diferentes.

En secundaria a veces se escucha: *“los chicos que están nunca fueron los esperados”*; y no es solamente porque hay una representación negativa con respecto a ellos, es que tampoco está estudiado y producido conocimiento al interior del cuerpo docente de cuáles son las maneras en las cuales el docente incluye esta cultura que desconoce, esta cultura sobre la cual tiene que modificar sus representaciones. No es tan sencillo. Antes, venía un chico chino o uno boliviano, entonces uno estudiaba un poco de China o Bolivia y con eso, más o menos, empezaba a comunicarse con el pibe. La receta de inclusión era esa, porque la idea de inclusión era esa. El derecho social a la educación significa otra forma de inclusión que no es esa, significa que él aprenda la cultura letrada. Esto es más complejo. Si es más complejo significa reflexionar, y reflexionar más de uno, no lo resuelve uno solo.

Los docentes empiezan a advertir que su trabajo se complejiza con variables como inclusión, compromiso, diversidad, colectivo. Pero la sociedad, porque no está adentro de la escuela, quizás todavía no se está dando cuenta. Hay entonces un cierto malentendido acerca de cuál es el nivel de exigencia del trabajo docente hoy. Malentendido entre lo que sucede en las escuelas y los que por fuera de la escuela siguen pensando que el trabajo docente resuelve las cosas como se resolvían hace cincuenta años.

Hay otras cuestiones contextuales que tienen que ver con la complejidad. Lo social es un elemento que hay que valorar cuánto y cómo incide. No estamos en la situación del 2001, sin embargo hay situaciones de pobreza y de desigualdad que influyen. Pero esto hay que contextualizarlo en un proceso más largo; no son cosas de diez años, sino históricas del sistema educativo. Otra cuestión a considerar es qué pasa con el tema de la autoridad, de las jerarquías en la sociedad; las que había, hoy están en cuestión, no sólo en la escuela, sino en las familias, en todos los órdenes de la vida social. Para poder desarrollar el trabajo de enseñar, los docentes tienen que encontrarle alguna manera de resolución a este tema. Más allá de que la sociedad la encuentre, la escuela tiene que enseñar una concepción de autoridad, y la tiene que enseñar ya porque esta cuestión de la autoridad forma parte del acto de aprender. Inclusive hasta en el mismo hecho de aquello que debe ser aprendido existe un rango de autoridad, al reconocer que hay algún elemento que debe ser aprendido y que hay alguien que tiene el trabajo de enseñarlo. Esto no significa autoritarismo ni jerarquías pero debe haber este reconocimiento.

Otro tema es la irrupción de la tecnología en sus diversas formas en la cotidianeidad del aula. El celular, por ejemplo, es un conflicto; genera una serie de debates sobre cuáles son dentro del aula las condiciones de ciudadanía que hacen que podamos usar el celular para aquello que es imprescindible y no para lo prescindible. Pero es un conflicto no sólo en la escuela. Algo que la familia no termina de resolver, en términos de organizar su vida y ver cuánto tiempo tienen o no tienen los pibes de poder usar los jueguitos dentro de su celular, la escuela está obligada a resolverlo. Puede resolverlo autoritariamente, puede resolverlo tratando de enseñar al mismo tiempo democracia y participación, o puede resolverlo tratando de ignorarlo, pero tiene que resolverlo. Hoy avanza aceleradamente una cultura digital, los pibes vienen ya con esa lógica, y la escuela la incorpora como puede. No se resuelve solamente con que el docente sepa manejar la computadora o con un curso de Word. Implica entender otra lógica de acceso a los conocimientos, otra forma de manejarse con los textos, cómo leer uniendo lo escrito y las imágenes, cómo manejarse con una cultura donde la imagen ha crecido mucho en relación a la tradición de la palabra escrita. Se dice que hoy no se lee nada o no se escribe nada, y en realidad, los pibes nunca han escrito tanto y nunca han leído tanto. Por supuesto hay que ver qué leen y qué escriben, pero están todo el día chateando. La cultura de los pibes era mucho más oral, lo escrito era una cosa más trabajosa, y ahora es algo que tienen mucho más incorporado. Estas cosas interpelan al trabajo de enseñar porque los docentes estamos mucho más formados en la cultura del libro, de lo escrito.

Estamos en un momento de cambio muy fuerte, que va más allá de lo político, hay un cambio cultural muy fuerte. Cambios como las nociones de autoridad o la forma de concebir la cultura, que la sociedad no tiene resueltos, y sin embargo le reclama a la escuela que los resuelva y que en el trabajo de enseñar el docente lo resuelva. Pero no hay condiciones materiales y ni siquiera simbólicas de legitimación del trabajo de enseñar, como para empezar a resolver esta cuestión. Pese a esto, un importante porcentaje de trabajadores de la educación lo están tratando de resolver y lo resuelven, a su manera, pero lo resuelven. ¿Quién, de todos los que están diciendo cosas acerca del trabajo de los docentes, se banca estar con treinta pibes y convencerlos de que dejen sus celulares de lado y empiecen a dialogar?

Hubo una época en la que el cambio en las sociedades era muy lento, era entre generaciones; después fue de generación en generación. Ahora el cambio es adentro de cada generación, en la vida de uno hay muchos más cambios de los que había antes entre muchas generaciones. Hay que hacer un proceso de adaptación continuo y eso es muy complejo. Socialmente todavía hay una cierta idea de que hay una forma determinada y única de enseñar -“como se enseñaba antes”- y no se tiene en cuenta que hay que ir haciendo un cambio permanente, un proceso continuo de adaptación. Antes se podía creer que el trabajo de enseñar era una tarea sencilla: alcanzaba con saber bien qué es lo uno tenía que enseñar y encontrar alguna manera de comunicarlo al otro. Era más fácil tener una representación como ésta y no tener contradicciones. Ahora lo que se complejiza es que es contradictorio aceptarlo; el docente se ve en contradicción sosteniendo esto. Por eso también se enferma, porque el hecho de no tener nada seguro, el hecho de saber que lo que uno sabe no alcanza y sin embargo seguir apegado a eso, el hecho de saber que se puede hacer en trabajo colectivo y seguir encerrado en uno mismo, eso enferma, enloquece.

Estamos en un momento en el cual está transcurriendo un cambio; los cambios no son que de un día para otro se amanece cambiado, es algo que se transita. Al trabajador de la

educación le toca transitarlo en la escuela, trabajando de enseñar. ¿Pero qué enseña?, ¿lo nuevo?, ¿lo viejo?. Es fácil decir que lo que hay que cambiar es la representación que se tiene de lo que uno ve como problema y pensarlo como oportunidad. Parece sencillo, pero tener que resolverlo dentro de la clase, con treinta alumnos -sean de 4, 7 ó 15 años- es complejo.

Todas estas situaciones complejas, la escuela y el trabajador de la educación tienen que resolverlas en lo inmediato. Tiene delante a los alumnos, tiene que hacer su trabajo y lo tiene que hacer teniendo en cuenta que no son situaciones que pueden ser planeadas en toda su magnitud, porque están en un cambio permanente. Por eso necesitan de la reflexión y de la construcción de conocimientos de manera rápida. Aquí se manifiesta la imperiosa necesidad de reflexionar en el colectivo y generar conocimiento pedagógico diferente y de mayor complejidad. Muestra con claridad que el antiguo esquema de saber cuáles eran las recetas e implementarlo, es nulo en cuanto a su posibilidad de aprovechamiento. Muestra, además, que no pueden ser resueltas sólo con conocimientos generales. Tienen que ser conocimientos “situados” y producidos en esa misma realidad. Esto es parte de la complejidad del trabajo docente: requiere de conocimientos cada vez más complejos pero cada vez más situados porque el conocimiento que a un docente le sirve para un aula, quizás no le sirve para el aula de al lado. De ahí que tenga que tener tiempo y espacio para construir esos conocimientos colectivamente.

La producción de conocimiento es la parte del trabajo docente que no solamente está invisibilizada, sino que además hay resistencia de visibilizarla. Hay resistencia a reconocerla porque esto significaría dar cuenta de que el trabajo de los maestros no se agota al momento en el cual estás frente a los alumnos. Significa reconocer que el trabajo de enseñar es una acción reflexionada que produce conocimiento. El desafío es que esa producción de conocimiento sea para una educación emancipadora. Se necesita mucho y otro conocimiento para llevar adelante una educación emancipadora. Los trabajadores de la educación tenemos que disputar los procesos de desarrollo del trabajo de enseñar para hacer que, en el reconocimiento de su complejidad y de su condición de productor de conocimiento, se avance en el cumplimiento del derecho social a la educación.

Marzo 2012